

Viajar a una ciudad es hacerlo a la idea que se tiene de ella, regresar a sueños y recuerdos prestados.

Sabemos que está ahí porque la vemos, pero lo que vemos y oímos no hace sino ocultarla. Una ciudad

es muchas ciudades y ninguna: el esfuerzo de los hombres. De Nueva York, sin embargo, sabemos

algo más: la marca que deja en nosotros, como quien sopla sobre el fuego.

La ciudad que nunca existió

Cuando nací, la famosa pelea Firpo-Dempsey, que ahora suena a lo que es, prehistoria, había ocurrido hacía treinta y un años; si se piensa que del combate Ali-Foreman hace ya treinta y tres, se entenderá que su recuerdo permaneciese vívido en las mentes de los habitantes de mi tierra natal. De algún modo debieron de transmitirme ese entusiasmo, excitado en mí por la presencia en el museo Whitney del poderoso lienzo en que George Bellow refleja el momento en que el Toro Salvaje arroja a Dempsey del ring. Conocer de primera mano el sabor de un sándwich de pastrami no habría sido una razón menos trivial, ni de mayor peso, para viajar a Nueva York: qué natural y absurda la emoción sentida ante el portal del Jack Dempsey's Pub, ante el cuadro de Bellow. Pero ¿qué significaba realmente Dempsey para mí? Nada, en verdad. Esa misma inconsciencia beatífica nos condujo a Liliana y a mí hasta la orilla del Hudson y su "luminosidad crepuscular que baña el cielo de azul", como escribió Bashevis Singer al suponer la vida de Hertz Dovin Grein, mientras los muros acristalados de Nueva Jersey reflejaban la luz hacia la otra orilla, donde estábamos, "brillando en la neblina como un espejismo fugaz en un desierto imaginario". Un río imaginado y por ello imaginario: ¿era verdadero el Hudson que fluía delante de nosotros, o se tra-

taba de un símil? La península contemplada desde la terraza del Empire State ¿era la misma que la creada en mi imaginación por las canciones de Gershwin, Sinatra, Tormé? La mera idea de que algo de todo aquello fuese real parecía imposible: Brooklyn era un puente y el estanco de Auggie Wren. Y nada más. El puente lo cruzamos tres veces, a la espera de que llegase un otoño que nunca llegó; el estanco de Auggie Wren estaba en otra esquina, más cerca del East o más lejos, y el cruce de la calle Tres con la Séptima Avenida resultó tan falso como cierto. ¿Y la White Tavern, donde Dylan Thomas bebió sus dieciocho whiskies? ¿Y el teatro callejero de Washington Square? ¿Y la serenidad de Tudor Place? ¿Y el oficio dominical en el pequeño templo de Harlem? ¿Y el manto de dólares de San Genaro?: como buscar sombras en la noche, palabras conocidas con las que nombrar lo que ignoramos: la cola ante el puesto de bagels, el vapor de las alcantarillas, el cielo encajonado, el filo del Flatiron, las desoladas fachadas de Hopper: el asombro ante lo que no creemos, ante lo que vemos pero no creemos, ante lo que nos sorprende pero no creemos: porque ya lo conocíamos y era otra cosa, o eso creíamos.

Si Conrad me enseñó que no todos los secretos son dignos de conocerse, lo que me mostró el hijo del señor Cohen en su octavo piso del 236 de la

Veintiséis debía su sed a la sed saciada de tantos que, como yo, iban en busca de un cielo de agua musical. De sus cajas (¿grises?, ¿marrones?) Junko Onishi brotó como el musgo en la madera, Toshiko Akiyoshi encendió un fuego inabarcable, y en el laberinto que abrió ante mis ojos hallé un Hawkins meditabundo cuya belleza de años me acompaña todas las mañanas desde entonces: como el amor, la música es una forma de locura, un lenguaje que los dioses entregaron a los hombres junto con la prohibición de descifrarlo. Si acaso lo entrevemos, como las plumas del pavo real entre la hojarasca del poema de Stevens, incapaces de distinguir lo que vemos de lo que imaginamos. Así, y no de otro modo, se abrieron las puertas rojas del Village Vanguard; así, y no de otro modo, bajamos las escaleras y nos sentamos junto a la barandilla, bebimos Jim Beam, escuchamos a Lovano como quien escucha la historia del jazz en diez minutos y Paul Motian nos dijo: "Fui feliz en Barcelona."

Sí, como el amor y la música, las ciudades son una forma de locura: cuanto encontramos nos ha estado buscando, sabemos que sufren y ríen y que la noche cae sobre ellas, que hay quien afirma ser feliz porque felices son sus recuerdos, y nos inventamos razones caminando sus calles. Nos ocultan su alma para que nunca partamos: somos extranjeros, siempre y en cualquier lugar.

